

astuto, que al verse cautivo sigue dócilmente la cuerda que le sujeta, hasta el momento en que, ya confiado el cazador, se desprende de un tirón y escapa, así el Emperador, con su fingimiento de sumisión, había engañado á todo el mundo y burlado á Europa.

La primera orden relativa á la marcha data del mes de Enero, según referencia del mismo que la recibió; el caballerizo Vincent recibió orden de desmontar las dos berlinas doradas, venidas de Fontainebleau con la Guardia, y embalarlas con destino á Roma. Cumplió Vincent el encargo, y depositó los bultos, convenientemente numerados, en los almacenes del puerto, en expectación de embarque; pero como las dos berlinas no se usaban diariamente, pasó el hecho inadvertido, y el mismo Vincent no le dió importancia alguna.

Después de esto, recibió Pons, por conducto del mameluco Ali, una carta confidencial del Emperador, pidiéndole un informe «sobre los medios de organizar una flotilla expedicionaria». Sorprendióle á Pons en extremo el contenido de la carta, y despertó en su ánimo la sospecha de que Napoleón trataba de evadirse. Sin embargo, Pons redactó el informe, y entonces el Emperador prevaleció de la austera virtud republicana del confidente para recomendarle absoluto silencio. Pero aquel primer proyecto quedó en el aire (1).

A primeros de Febrero recibió Peyrusse la orden de trasladarse con el tesoro imperial al fuerte de la Estrella, que domina la entrada del puerto, y desde donde en caso de bloqueo, de ataque imprevisto ó de fuga precipitada, era posible bajar por el derrumbadero y embarcarse sin cruzar la ciudad ni el puerto. Sobre esto dice Peyrusse: «Motivos de sobra tenía yo para presumir las causas de aquel traslado, y en consecuencia, me aprovisioné en secreto de harina, vino, patatas y carne en conserva, para esperar los acontecimientos.»

El 16 de Febrero, el mismo día en que Campbell salió para Lior-

(1) PONS DE L'H., p. 193, 373 y 374; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 95 y 109 (nota). — «Sólo me confió á Pons, y aun porque su cooperación me era indispensable para preparar los transportes de que no podía prescindir.» Así lo declaró después el Emperador á Montholón (*Cautividad de Santa Elena*, t. II, p. 195). La primera conversación referente á la partida, entre el Emperador y Pons, á la que éste no señala fecha, ocurrió probablemente en Enero, pues no cabe distanciarla de la orden del embalaje de las berlinas y del naufragio del *Inconstant*, sobrevenido en aquel mismo mes. Hay dudas acerca de si el naufragio del buque contrarió los proyectos del Emperador ó si esta catástrofe le determinó á apresurar su ejecución, para no dar tiempo á otra nueva.

na y Florencia, el Emperador mandó á Drouot que preparase el presupuesto de Guerra para 1815, y al propio tiempo le escribía diciendo: «Disponed que el brique quede puesto en quilla, que se revisen los metales, se tapen las vías de agua, y se le calafatee convenientemente con todo cuanto sea necesario para navegar. Por otra parte, que lo pinten como un brique inglés y se le aprovisione de galleta, arroz, legumbres, queso, aguardiente, vino y agua en cantidad suficiente para 120 hombres durante tres meses, y de carne en conserva para quince días. Para mayor economía, mis bodegas suministrarán el vino. Deseo que del 24 al 25 del corriente mes se halle completamente alistado en la rada. De todo esto formularéis una minuta para mañana mismo. Decidme cuántas lanchas podrá llevar el brique, pues conviene que sea el mayor número posible.»

Lo referente á la reparación del buque y su calafateo, estaba justificado por las averías dimanantes del naufragio, no muy bien remediadas después del suceso, y así no podía la operación sorprender á nadie, ni siquiera al propio Drouot. Más enigmático era lo concerniente á pintar el brique á estilo inglés, aprovisionarle para tres meses y dotarle de cuantas lanchas pudiera llevar. Drouot comprendió que algo insólito se preparaba, pero como el Emperador no le daba más explicaciones, tampoco tenía él por qué pedir las. Dos días después, 18 de Febrero, los calafates emprendían su trabajo en el casco del varado brique (1).

El mismo 16 de Febrero redactó el Emperador un oficio para Pons ordenándole que fletase dos transportes de Río, del mayor arqueo posible, y de 90 toneladas por lo menos, para llevarlos á Porto-Ferrajo: uno con cargamento de madera, tomado al pie del monte Giove, y el otro con todas las provisiones de guerra disponibles en la ciudadela de Porto-Longone. Pons recibió la orden el día 20, por conducto de Drouot, y comprendió entonces fácilmente que iba á realizarse el proyecto de partida (2).

(1) *Correspondencia imperial*, 21.674; PONS DE L'H., p. 361; MARCHAND, p. 123 y 158.

(2) *Correspondencia imperial*, 21.675; *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 35; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 109. — Pons debía cargar la madera al pie del monte Giove, en el lado correspondiente á Río, y no al de Marciana. Los buques que emprendían navegación acostumbraban á cargar madera para reparo de averías y obstrucción de vías de agua, tanto en el buque como en las lanchas. También hoy se carga madera, pero en escasa

El 20 se refugió en Porto-Ferraio la polacra marsellesa *Saint-Esprit*, de 200 toneladas, que iba de Génova á Nápoles, y en ella se embarcaron, con «destino» á este último puerto, las dos berlinas desmontadas en Enero, el landó de color café con leche, cajas de joyas y diversos paquetes (1).

El 21, mientras el Emperador visita la casa plegable, y Paulina pasea con su madre en góndola por el golfo, los capitanes de almacén se ocupan en suministrar uniformes completos á la tropa y dos pares de zapatos á cada soldado.

El 22 se da la orden de retirar de Pianosa el ganado de la caballería polaca, y ya entrada la noche, empieza el embarque de efectos y municiones á bordo del *Inconstant* y del jabeque *Etoile*, propiedad particular del Emperador (2).

Durante el día, fué Napoleón á entreverse con Peyrusse, en cuyo despacho entró sin previo aviso, dirigiéndose hacia la ventana que daba á los cuarteles de la Guardia, y al contemplar las plantaciones hechas por los soldados en el patio, y los arriates que trazan, se manifiesta satisfecho de la afición de aquellos valientes á la horticultura. El intendente Balbiani estaba delante, y aunque comprendía que su presencia molestaba al Emperador, no se atrevía á retirarse, temeroso de faltar á la etiqueta. Marchóse el Emperador, y poco después recibió Peyrusse recado de ir á Palacio. A solas en el gabinete imperial, le preguntó Napoleón: «Vamos á ver, Peyrusse, ¿qué se dice de nosotros?, ¿qué os decía el intendente?» Peyrusse respondió: «Señor, en el momento en que tuve el honor de recibir vuestra visita, comentábamos los rumores que por la ciudad se difunden acerca de si V. M. se reunirá con el rey de Nápoles.— Sois muy bobos,—repuso Napoleón, y acercándose á su tesorero, le dió dos golpecitos en las mejillas, preguntándole: «¿Tenéis mucho dinero, Peyrusse? ¿Cuánto pesa un millón en oro? ¿Cuánto pesan 100.000 francos? ¿Cuánto pesa

cantidad, pues los buques son casi completamente de hierro ó acero. Además, servía para construir armadas, en caso de naufragio ó para el desembarco de tropas en los buques de guerra.

(1) MARCHAND, p. 156 y 159; *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 35; VINCENT, p. 370; PEYRUSSE, p. 271.—Es la misma polacra cuyo arribo fija Peyrusse, con evidente error, en la noche del 24 al 25. La polacra era un buque mercante de dos ó tres mástiles, con velas latinas y remos. Los transportes de Río, enviados por Pons, eran faluchos.

(2) MARCHAND, p. 160.

una maleta llena de libros? Cargad de oro las maletas, y poned encima libros de mi biblioteca. Despedid á los criados. Embalad vos mismo vuestro ajuar. Atad las maletas. Vended la plata de mesa. Pagad... pero no paguéis... Inútil es recomendaros que todo esto ha de quedar en secreto.»

El Emperador despidió á Peyrusse sin más palabras, y éste fuese á ver á Drouot, que estaba sumamente preocupado. Dice Peyrusse que trató de llamarle la atención sobre los futuros destinos de ambos, y que Drouot se le quedó mirando fijamente sin decir palabra. Peyrusse empaquetó entonces los 1.863.500 francos que le quedaban en caja (1).

Aunque el Emperador no hubiese prevenido ya formalmente á Drouot de la partida, hubiera éste comprendido que de ella se trataba, por cuanto bajo su vigilancia se embarcaban los efectos y municiones. El Emperador preguntó al caballerizo Vincent si estaba lista su montura de campaña, y como Vincent respondiese afirmativamente, le mandó añadir un maletín, un portamantas y un estuche de cartera «para ir á Marciana con el Emperador y levantar planos».

El 23 llegaron á Porto-Ferraio provisiones de boca, procedentes del continente y del interior de la isla, quedando al punto embarcadas en el jabeque y en el brique con varios toneles de agua dulce (2).

Hasta aquí llegaban los preparativos cuando el 24, á las diez de la mañana, apareció en el horizonte la corbeta inglesa que ocho días atrás condujo á Campbell á Liorna, y que debe de restituirlo á la isla. ¿Será necesario precipitar el desenlace y apoderarse de la corbeta á viva fuerza, ó por sorpresa, haciendo prisionera á la tripulación, y aun al mismo Campbell si está á bordo? Ello fuera una lucha terrible de dudoso resultado, con eventualidad de un *casus belli* con Inglaterra. Suspendióse en el puerto todo movimiento sospechoso.

Afortunadamente la corbeta no conducía á Campbell, sino á seis

(1) PEYRUSSE, p. 269 y p. 334 (existencia en caja el 22 de Febrero). Además quedaban 387.880 frs. 87 c. en cuentas corrientes públicas y privadas en la isla, Génova y Roma.

(2) MARCHAND, p. 161.— Hemos visto que, según las órdenes del Emperador, estas provisiones habian de ser suficientes para 120 hombres durante tres meses. Pero el Emperador pensaba embarcarse no con 120 hombres, sino con más de mil, lo que reducía los víveres á unos diez días, y era preciso prevenir el caso de que, perseguido por los cruceros franceses ó la corbeta inglesa, se viese forzado á refugiarse en Italia ó en Córcega.

excursionistas ingleses, que el capitán Adye acompañó á palacio, por el camino excusado de las murallas, á fin de encubrir aquella visita puramente oficiosa. Después de conversar una hora con el Emperador, pasa el capitán Adye á saludar al general Bertrand, quien aprovecha la ocasión para informarse de la fecha exacta del regreso de Campbell. Baja luego al puerto el capitán, y contempla á los soldados de la Guardia entretenidos en cargar tierra en las carretillas y plantar árboles. A poco vuelve á bordo de la corbeta, y se hace á la vela por la tarde. En cuanto se aparta de tierra, vigilada por los catalejos de los semáforos y de una barca que la sigue, bajo pretexto de pesca, se reanuda el embarque de cañones, bombas y fusiles (1).

En previsión de otro nuevo contratiempo, despachó el Emperador un correo á Río Marina, encargando que, si los dos transportes que han de llegar á Porto-Ferrajo han terminado la carga de madera del monte Giové y los pertrechos de guerra de Porto-Longone, que demoren su partida hasta el día siguiente, para no topar con la corbeta inglesa. El correo llegó en el mismo instante en que los dos transportes acababan de salir, y la corbeta, oculta hasta entonces por la montaña, aparecía ante ellos con la proa hacia Palmaiola. No era posible virar en redondo y retirarse á Río ó á Porto-Longone sin exponerse á las sospechas del Argos británico, por lo que Pons, creído de que Campbell iba á bordo de la corbeta, le mandó por conducto de un esquiife una carta, «invitándole á un banquete que daría la semana próxima». El capitán Adye recibió la carta con promesa de entregársela á Campbell, en cuyo nombre agradeció la invitación. El capitán preguntó á dónde iban los transportes y qué carga llevaban. El del esquiife, aleccionado de antemano para esta presunta contingencia, respondió que iban á la Romaña con cargamento de mineral. La corbeta siguió su rumbo, y quiso hacer escala en Palmaiola, pero como los funcionarios se opusieron por ser antirreglamentario, puso la proa hacia Liorna. Los transportes de Río entraban aquella noche en Porto-Ferrajo (2).

El Emperador no daba explicación alguna, y los veteranos, reorganizados en cuatro compañías, están convencidos de que «se les va

(1) CAMPBELL, p. 227; PEYRUSSE, p. 271; MARCHAND, p. 162.— Las bombas debían servir en caso de lucha y abordaje con otro buque durante la travesía.

(2) PONS DE L'H., p. 380; CAMPBELL, p. 228; *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 35.

á dar un trote por la isla», y que si acaso se marchan, «será dentro de un mes».

El 25 quedan reunidos los pertrechos de guerra, los soldados tienen municiones de campaña, y el batallón corso está acuartelado para evitar deserciones y se ejercita en el tiro. El comandante Mallet explora el mar desde el fuerte del Halcón, por si reaparece la corbeta inglesa. Se establece el secuestro marítimo en la isla. El Emperador, con pretexto de indisposición, no salió de palacio en todo el día, á fin de evitar preguntas impertinentes. La ciudad se conmovía. Al caer de la tarde, recibió en audiencia á una comisión de las corporaciones oficiales, que le manifestaron la pena y gozo que á la par sentían sus súbditos al ver que les abandonaba para «proseguir el camino de la gloria». El Emperador agradeció á la comisión sus declaraciones, sin salir de vagas generalidades.

Aquella noche se confió únicamente á su madre. Después de comer, se puso á jugar á cartas con ella y con Paulina. Parecía estar más alegre que de ordinario, cuando de pronto interrumpió la partida y salió de la estancia. Al advertir que no volvía, levantóse Leticia y llamó á la puerta del aposento imperial, pero el chambelán de servicio le dijo que el Emperador había bajado al jardín. Allí fué su madre.

La luna centelleaba entre el follaje, y Napoleón se paseaba precipitadamente por los senderos, cuya grava gemía bajo sus pies. A poco se detuvo, y apoyando la cabeza en el tronco de una higuera, exclamó: «Será preciso que se lo diga á mi madre.» Pero ésta, que andaba cerca, se adelantó al escuchar aquellas palabras, y le preguntó impacientemente qué idea le atormentaba. Entonces, el Emperador, tras breve vacilación, real ó fingida, le respondió: «Sí, madre mía, es preciso que os lo diga, pero con prohibición de repetir á nadie mis palabras, sea quien sea, ni á la misma Paulina. Parto mañana por la noche. — ¿A dónde? — A París. ¿Cuál es vuestro parecer sobre esto?...»

Napoleón abrazó enternecido á la que tantas y tan terribles angustias había ya sufrido por él. Leticia le suplicó que la dejase reflexionar un instante, á fin de que pudiese olvidar que era madre y reprimir en sí toda debilidad. Después repuso diciendo: «Hijo mío, ya que el cielo no ha querido que mueras en ociosidad indigna